

sentido, y despues supe que el infante don Juan se salvó á duras penas del furor del rey por mediacion de la reina doña María, que habia acudido, logrando que el rey se satisfaciese con ponerle en estrecha prision.

Pero mi pariente Diego Lopez de Haro no fué tan afortunado.

Acusóle el rey agriamente de haberle corrido la tierra de Castel Rodrigo, le llenó de denuestos, y dejándose arrebatado por su furor, le mató por sí mismo de tres golpes de espada en la cabeza.

X.

—¿Y vos? ¿y vos? dijo Zayda Fatima: ¿qué fué de vos?

—Econtréme en un lecho, en una humilde estancia, asistido por mi escudero y amigo Alvar Gomez de Salcedo, y por un médico judío que, cierto, como lo oí despues, no sabia á quién curaba.

No lo sabian tampoco los pobres habitantes del caserío adonde me habia llevado Alvar Gomez.

—¿Pero cómo se os tuvo por muerto? dijo Zayda Fatima.

—Como muerto caí en tierra, y entre el tumulto pudieron sacarme algunos de los míos del alcázar de Alfaro, y hallando que no habia muerto, cuidados de que el rey no me hiciese matar si tal noticia le daban, sacáronme aprovechando las sombras de la noche de la villa, y lleváronme á aquel caserío.

—¿Pero y vuestras exéquias, conde? ¿cómo pudo engañarse á todo el mundo?

—Perdone Dios á los míos, que por salvarme cometieron un crimen horrendo.

Saliéronse cuatro de ellos al camino, acometieron á un pobre viandante, dieron sobre él, le acabaron á golpes en la cabeza, de manera que le magullaron hasta el punto de no quedarle facion

alguna, le cortaron la mano derecha, y con las ropas mias que me habian quitado y que le vistieron, le llevaron á otro caserío, donde dijeron que aquel era el cuerpo del conde don Lope Diaz de Haro, y ellos sus vasallos que le habian sacado de Alfaro, donde el rey le habia mandado matar; que ellos le dejaban allí y se ponian en salvo, temerosos de que el rey los quisiese matar tambien, solo por ser vasallos de tal señor.

Con esto se volvieron adonde yo estaba, y cuidáronme, y cuando convalecí, despues de haber pasado muchos dias entre la vida y la muerte, como me viesen temeroso de que á pesar de no conocerme aquellos labriegos supiese el rey donde estaba y diese sobre mí é hiciese, lo que Dios no quiso concluyese en Alfaro, por tranquilizarme contáronme lo que habian hecho con el desgraciado viandante, y como aplacado el rey por los buenos oficios de la reina doña María, y sabiendo donde estaba aquel que se creia mi cadáver, habia mandado se me condujese al enterramiento de mis antepasados, lo cual habia sido hecho con grandes exéquias por mi alma, y dándose sepultura en mi lugar á aquel triste.

Afortunadamente nadie se habia entrometido en reconocimientos ni averiguaciones.

Sabíase que yo habia sido muerto á golpes de maza, y nadie estrañó lo desfigurado del semblante del otro.

Engañaron mis vestidos y el ser por acaso aquel sin ventura igual á mí en la altura y el grosor del cuerpo.

XI.

Sentí el frio del horror cuando supe esto, y sonó para mí el momento de la conversion.

Dios habia permitido que el rey, recobrando su valor y su dignidad, preparase si quier con alevosía el castigo de mi soberbia.

Por muerto me tenian todos.

Por muerto mi mujer doña Juana Alfonso de Molina, hermana de la reina.

Por muerto mi hijo don Diego Lopez de Haro.

Un inocente ocupaba mi lugar en el panteon de mis mayores, en el cual reposaban muchos que habian perecido de mala muerte.

Tocóme Dios en el corazon.

Conocí que con presentarme de nuevo y deshacer el engaño de mi muerte no lograria otra cosa que aumentar los horrores de la guerra civil.

Mi mujer doña Juana Alfonso se habia visto obligada á escapar á Aragon.

Mi hijo don Diego habia muerto de una dolencia súbita como herido por la mano de Dios.

El rey, revolviendo bruscamente contra mis Estados, me habia tomado mi villa de Haro, y habia sometido mi Señorío de Vizcaya.

Mi hermano don Diego andaba fugitivo.

Mi casa, pues, habia sido destruida.

¿Qué mas patente podia verse la justicia del Señor?

Encargué, pues, un gran secreto á mis criados, y les dije que, yendo en ello la salvacion de mi alma, habia resuelto ir á meterme monje de la órden de San Benito, en la Abadía del Abrojo, cuyo prelado, hombre de muy gran virtud, me habia amonestado muchas veces, pronosticándome un fin desastrado si no me reconocia y cesaba en mis desaciertos.

Tomé, pues, la ruta de Castilla, de noche y por caminos estraviados.

Patente vi durante el camino la voluntad del señor.

Una noche sobrevino una recia tempestad.

Asustado por los truenos y por los relámpagos el caballo de Alvar Gomez de Salcedo, se desbocó y dió con su ginete por un despeñadero.

Cuando le buscamos le encontramos despedazado debajo de su caballo, muerto tambien.

Algo mas adelante, uno de los tres que me seguian, adoleció

de repente de un mal de cabeza y se nos quedó entre las manos.

Por último, cerca de Valladolid, en una alquería, la peste negra que reinaba en Castilla acometió á mis otros dos servidores, que fenecieron en muy pocas horas.

¿Qué mas patente la voluntad del Señor?

Él tenia compasion de mi alma, y me encaminaba á la penitencia.

Él no queria sin duda que nadie pudiese divulgar el secreto de que yo era vivo, cuando habia matado á los que le conocian.

Dios me decia enmudeciéndolos:

—No reveles á nadie que vives: no vayas á la Abadía del Abrojo, allí te conocen.

Yo salí horrorizado de la alquería, donde quedaban muertos mis dos últimos servidores.

Enfermo, maltratado, hambriento, sin saber adónde dirigirme, caminé toda la noche.

Antes del amanecer me senté rendido de cansancio al pié de una cruz.

Aquella cruz era la del Camino, donde hicisteis anoche justicia á aquellos dos infames.

Empezó á amanecer, y por quitarme de la vista de las gentes, por evitar preguntas, me encaminé hácia las primeras espesuras de la Selva del Abrojo.

Por entonces no habia yo reconocido el lugar.

Seguí internándome arrastrándome, casi apoyándome en los troncos de los pinos, calenturiento, débil, desesperado.

Dios me guiaba.

Continué, y al salir el sol divisé, al lado de una laguna formada por un arroyo, una pequeña y blanca ermita.

Hice un esfuerzo, y llegué, entré, me arrodillé al pié de una gran cruz, de la cual se veia pendiente un Cristo de la Espiracion, ennegrecido por el tiempo y de aspecto doloroso, severo, terrible.

Oré y lloré: hice voto al Señor de permanecer allí sirviendo humildemente al eremita, yo, que en mi soberbia habia pretendido hacerme servir por reyes.

De improviso vino á sacarme de mis dolorosas meditaciones un profundo gemido.

Aquel gemido provenia de una pequeña puerta situada á la derecha del altar.

Aquel gemido parecia el de un moribundo.

Me levanté y entré.

Me hallé en una reducida estancia, y en ella vi un anciano caido de cara sobre el suelo.

Le alzé, y vi que estaba muerto.

Tenia abrazado un crucifijo, y vestia este mismo hábito.

En aquella estancia no habia mas que una tarima, un cántaro negro, una mesa, y sobre ella una calavera y un libro de horas.

En un ángulo habia un azadon.

¿Para qué podia haber servido aquel azadon sino para que el ermitaño cavase su sepultura?

En efecto, para esto habia servido, y tambien para labrar un pequeño huerto en que crecian legumbres y unos pobrecillos árboles frutales.

Lo descubrí esto saliendo de la ermita y dando vuelta por detrás de ella.

La sepultura correspondia á la parte de la ermita en que estaba el gran Santo Cristo.

Un musgo fresco y verde revestia la tumba, y asimismo el montecillo de tierra que de ella se habia sacado, señal clara de que la sepultura se habia abierto hacia mucho tiempo; de que hacia mucho tiempo que el anciano ermitaño estaba preparado para la muerte.

Volví á entrar, y oré por el alma del difunto.

Luego desceñí la correa que sujetaba su hábito, que es esta misma, á la que estaba sujeto este mismo rosario.

Le quité el hábito y me le puse, rogando á su espíritu me perdonase si con su hábito no sepultaba su cuerpo.

Luego pasó todo el dia orando junto á él.

A la puesta del sol le saqué haciendo esfuerzos inauditos, porque mis fuerzas estaban agotadas.

Le coloqué en su tumba, y le cubrí sabe Dios con cuánto trabajo, á causa de la falta de mi mano derecha, con la tierra que formaba junto á la sepultura el verde montecillo.

¿Quién habia sido el ermitaño?

Yo no lo sé, nadie me lo ha dicho.

Debia ser ascético y guardar el silencio y el semblante, porque la primera vez que vinieron, ya pastores, ya bandidos, ya gentes de los contornos que tienen devocion al Santísimo Cristo de la Selva, ninguna señal de estrañeza dieron al verme con el capuz calado hasta la barba.

Se reducian á decirme despues de dejar algunos alimentos:

—Rogad por nosotros, varon de Dios.

—Haced que Dios nos envíe la lluvia, santo anacoreta.

—Rogad á Dios que vuelva la salud á mi hijo.

Y ninguno estrañaba que yo no le respondiera, señal clara de que el otro ermitaño se habia reducido á la soledad y al silencio.

Debia recibir limosnas en dinero, porque muchos dejaban sobre el altar algunas monedas de cobre.

Yo las daba en silencio á los que llegaban mas necesitados á pedirme rogase á Dios los mejorase de sus cuitas.

Continúo haciendo lo mismo, y cuando esto hago, me dicen: —Cada dia sois mas santo: antes guardábais el dinero para comprar el aceite de la lámpara del Santísimo Cristo; nosotros os traemos aceite para que podais dar las limosnas que os dan los que tienen, á los que nada pueden daros y solo vienen á pedirlos rogueis á Dios por ellos.

XII.

Así he vivido nueve años, sin hablar con nadie.

Muchas veces han venido el abad del Abrojo y los monjes de la Abadía, y han padecido el mismo engaño; me han tomado por el antiguo anacoreta, han respetado mi voto, y nunca han pretendido verme el semblante.

Cuidan de mí: todas las semanas un lego me trae pan, abadejo, sal, aceite, frutas secas, y con esto, y con las limosnas que me hacen, atiendo cumplidamente á mi subsistencia; puede decirse que vivo con lujo.

—¿Y cómo es que os habeis descubierto para nosotros?

—No lo sé, contestó el conde don Lope: en un momento de olvido, de delirio, sorprendo la intencion de un asesinato y de una infamia: debí avisar, hablar: entré, se arrolló mi capucha, y me reconoció el infante don Juan Manuel por el gran parecido que tiene conmigo mi hermano don Diego: no importa; cuando tal ha sucedido contra mi voluntad, Dios lo habrá querido así: Dios asombrándome anoche con mis remordimientos, me llevó á un lugar donde descubrí los proyectos de un horrendo crimen.

Dios me dió fuerzas para llegar antes que aquellos dos malvados.

Encontré una mujer fuerte, una mujer pura, una infiel traída por la misericordia de Dios y por estraños círculos á la luz del Evangelio; una ilustre descendiente de los Nazares, que honra su sangre generosa.

Me olvidé de mi incógnito, trasformado un momento por la situacion en que me encontraba.

Habia que hacer justicia en aquellos dos miserables.

El haberme descubierto ante el infante don Juan Manuel de una manera involuntaria, parece una permission de Dios, que me avisa y me dice:

«No permanezcas en la inaccion; sirve de guia y de consejo con tu esperiencia á esa noble mujer que ha tomado generosamente la defensa de la buena reina doña María; que ha huido los peligros que amenazaban á su pureza. El infante don Juan Manuel revelará que vives, te buscarán: tú no puedes permanecer en la ermita del Santísimo Cristo de la Selva; te reconocerian, y tu encuentro causaria escándalo, produciria inconvenientes. Tu mujer es ambiciosa, y no te permitiria permanecer apartado de las cosas del mundo.»

—¡Ah! no, no, doña María, no me encontrarán: el hábito del monje se convertirá en armadura; yo cubriré mi semblante con

un antifaz de hierro: no puedo empuñar una espada ni regir una lanza, pero puedo embrazar una adarga para defenderme y regir un caballo.

Seré vuestro compañero, vuestro consejo, vuestro guia; haré por el rey don Fernando el IV y por su madre tanto bien, como mal hice á su padre el rey don Sancho.

—¡Ah! exclamó con alegría Zayda Fatima; Dios os lo premiará: puede ser que podais decir un dia al rey, á la reina, á sus reinos, á vuestros señoríos: yo soy aquel conde don Lope Diaz de Haro que todos habeis creido muerto á manos del rey don Sancho; yo soy, que he salido de mi tumba para asegurar la corona en la cabeza del hijo de aquel rey que castigó en mí traiciones y malas artes; yo he pagado mis deudas; tenedme por bueno.

—¡Ah! jamás, exclamó el conde. Don Lope Diaz de Haro ha muerto; solo vive para vos y para reparar el mal que ha hecho.

—Pero el infante don Juan Manuel revelará, á pesar de que ha prometido el secreto, porque todos, hasta los niños, están avezados hoy á la traicion en Castilla, que el conde don Lope Diaz de Haro no ha muerto, y que doña María de Granada y de Molina se ha convertido en un terrible capitán de aventuras.

—Tomaránlo por un sueño del infante don Juan Manuel, cuando busquen y no encuentren ni á vos ni á mí.

—Encontrarán desierta la ermita del Cristo de la Selva.

—Eso no prueba que el ermitaño fuese don Lope Diaz de Haro.

—Encontrarán que ha desaparecido.

—Eso probará que el infante don Juan Manuel no me ha visto.

—Hoy mismo, dijo Zayda Fatima, ceñireis vos las armas de Ciervo-veloz, uno de los ajusticiados; cabalgareis en su caballo, embrazareis su adarga: á falta de antifaz de hierro, usareis del mio de seda; os llamaremos el caballero Sin nombre; partiremos hoy mismo á Medina del Campo, y allí aumentaremos nuestra fuerza con todos los hombres de armas que podamos.

—¿Qué dinero teneis?

—Cuatrocientas doblas de la Banda.

—Poco dinero es ese; pero yo tengo cerca de Haro, en una cueva, un inmenso tesoro: le enterré allí cuidadoso de un día en que mis enemigos, vencíendome, me obligasen á huir; de que el rey se apoderase de mis señoríos; de que necesitase dinero para levantar una fuerte mesnada. Aquel dinero, que se enterró para el mal, será desenterrado para el bien: hoy mismo partiremos, no á Medina del Campo, sino á Haro; pasaremos á Navarra, y allí será donde levantemos bandera: aquella gente es dura, belicosa y leal. Ahora bien, doña María, nuestro ciervo debe estar ya condimentado; volvámonos á nuestra cabaña; en ella entrará el monje, y de ella saldrá el capitán de aventuras.

—¡Oh, sí! vos sereis nuestro capitán, dijo Zayda Fatima; no quiero que os reveleis contra mí como contra el rey don Sancho porque yo mande mas que vos.

—¡Ah! ¡pluguiera al Señor que la soberbia de mis parientes no me hubiera irritado, que nunca me hubiera hecho envidiar la privanza del rey! Vamos, vamos, doña María; somos dos misterios: vos un capitán que no es hombre: yo un muerto vivo: me parece que aliento con mas fuerza, que empiezo á cumplir mi verdadera penitencia. Dios os lo pague, puesto que vos habeis sido la causa.

XIII.

Y pareció como que, aliviado de su tristeza, el conde don Lope se animaba, que marchaba mas desembarazadamente, que se rejuvenecía.

Esto se esplicaba: la nueva penitencia que se habia impuesto, estaba mas en armonía con sus costumbres y con sus inclinaciones.

Llegaron á la cabaña.

Gutierre Mesa, que habia relevado á Farfan, tenia á punto en una inmensa caldera el ciervo condimentado.

Llamóse la gente y diósele de comer.

Quedáronse solos Zayda Fatima y el conde don Lope.

Entonces este se ciñó el arnés de Ciervo-veloz, que Zayda Fatima habia mandado llevar á la cabaña.

Zayda Fatima dejó en ella dos aventureros para que la guardasen, y seguida de los otros y acompañada del conde don Lope, que llevaba cubierto el rostro con un antifaz, emprendió la marcha á puestas del sol y por caminos estraviados hácia Búrgos, dejando á la izquierda á Valladolid.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.